

Hugo Bouter

¿Eres un hijo de paz?

Id vosotros. Sabed que os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis monedero ni bolsa ni sandalias; ni os detengáis a saludar a nadie por el camino. Cuando entréis en una casa, decid primero: "Paz a esta casa". Si hay allí alguien digno de paz, gozará de ella; y, si no, la bendición no se cumplirá.

Lucas 10:3-6

En el lenguaje bíblico, la expresión *hijo de...* sirve para identificar o asociar a alguien con un lugar o condición determinada. Del mismo modo, se habla de «los hijos de este tiempo» o «de este mundo», y de «los hijos de la luz» para identificar a los creyentes y a los incrédulos (Lc 16:8; Jn 12:36).

En efecto, los hijos de Dios son «hijos de la luz» (Ef 5:8). La luz de Dios es el origen de la nueva vida en Cristo. Es la esfera a la que ahora pertenecemos, tras haber pasado de las tinieblas a la luz. Y los que participan en la primera resurrección son también «hijos de la resurrección» (Lc 20:36). Bernabé era un «hijo de la consolación», o «del estímulo» (Hch 4:36). Mientras que los incrédulos son calificados como «hijos de desobediencia» (Ef. 2:2; 5:6), los creyentes son en realidad «hijos de obediencia», o «hijos obedientes» (1 P 1:14).

Un «hijo de paz», por lo tanto, es aquel que está en clara relación con la paz, en el sentido de que él mismo conoce la paz y la propaga. A la luz de las epístolas del Nuevo Testamento, hablamos de alguien que ha encontrado la paz con Dios mediante la fe en nuestro Señor Jesucristo (Ro 5:1). En la práctica, los cristianos también pueden conocer y disfrutar de la paz de Dios, que supera todo entendimiento (Fil 4:7). En el contexto de Lucas 10, se trata concretamente de personas que están abiertas a recibir la oferta de paz, personas que responden

positivamente al mensaje evangélico y al mensaje de reconciliación de los predicadores del Reino de Dios.

Aunque la práctica aquí descrita podría servir de ejemplo a los predicadores actuales, debemos recordar que la tarea de los setenta – como la de los doce – se relacionaba, ante todo, con el pueblo de Israel, y era cumplida por los delegados especiales del Señor (cf. Mt 10:1-15). En el tiempo final, esta misión del Rey venidero volverá a ser asumida por predicadores judíos, y no habrán terminado su misión en las ciudades de Israel cuando el Hijo del Hombre regresará (Mt 10:23).

La oferta de paz y bendición por parte del predicador del Evangelio del Reino, al entrar en una casa o en una ciudad, se presenta aquí como algo muy personal. La paz es una realidad tangible, algo que descansa en él. Al fin y al cabo, el Espíritu de Dios descansa sobre los mensajeros, ya que los ha ungido para esta misión (cf. Nm 11:25 LXX). Por eso, se menciona repetidamente «vuestra paz», el *shalom* ofrecido de manera personal y que puede retornar, aunque no exista receptividad ante el mensaje. En el envío de los doce en Mateo 10:12-13, encontramos una expresión similar.

*Oh, ven con todas tus necesidades,
la paz se te ofrece ahora.
Acude, pues, antes de morir
con tus pecados a los pies de Jesús.*

